

**LA OTREDAD FEMENINA EN LA NARRATIVA COLONIAL ESCRITA POR MUJERES:
SPIVAK Y LOS FEMINISMOS POSTCOLONIALES**

*The female otherness in the colonial narrative written by women:
Spivak and the postcolonial feminisms*

Yasmina Romero Morales

yasminaromero@hotmail.com

Universidad de La Laguna - España

Recibido: 16-08-2016

Aceptado: 16-06-2017

Resumen

Porque las teorías postcoloniales carecen de perspectiva de género, el presente artículo se centra en la aproximación metodológica que proponen los feminismos postcoloniales, mediante una de sus mayores representantes, Spivak, para el análisis de la otredad femenina de un género narrativo con unas características concretas: colonial, de contexto árabe-islámico y escrito por mujeres. Las siguientes páginas están interesadas, en primer lugar, en subrayar que las mujeres también son forjadoras de discursos coloniales, aunque éstos sean, en su mayoría, cómplices del poder hegemónico. Y, en segundo lugar, denunciar que la narrativa colonial, reduccionista y amante de las grandes generalizaciones, ofrece una otredad confinada en una masa femenina uniforme en vez de perseguir una representación más integradora de mujeres plurales y diversas.

Palabras clave: Otredad, feminismos postcoloniales, Gayatri Ch. Spivak, narrativa colonial, mujeres escritoras.

Abstract

Because postcolonial theories lack a gender perspective, this article focuses on the methodological approach proposed by postcolonial feminisms, through one of its greatest representatives, Spivak, for the analysis of female otherness of a narrative genre with specific characteristics: colonial, from an Arab-Islamic context and written by women. The following pages are interested, first, to underline that women are also creators of colonial discourse although these are mostly accomplices of hegemonic power. Secondly, to denounce that the colonial narrative, reductionist and lover of big generalizations, offers an otherness confined to a female uniform mass instead of pursuing a more inclusive, plural and diverse women representation.

Keywords: Otherness, postcolonial feminisms, Gayatri Ch. Spivak, colonial narrative, women writers.

1. Cuestiones previas

Las teorías postcoloniales son las nuevas herramientas conceptuales para estudiar las relaciones de poder entre metrópoli y colonia, tanto durante como después de la colonización *de facto*. En este sentido, postulados como los de Edward W. Said o Homi K. Bhabha, por no nombrar más que a dos de los investigadores más señeros en este sentido, nos proveen de suficientes herramientas para enfrentarnos al análisis de cualquier narrativa colonial¹. Sin embargo, si bien podemos analizar la práctica textual hegemónica del grupo dominador frente al grupo dominado, estas metodologías carecen de perspectiva de género.

Gayatri Ch. Spivak se decanta por un discurso feminista dentro de los denominados *Subaltern Studies* — estudios de la subalternidad o subalternos — surgidos en los años 80, basados en la definición de Antonio Gramsci y de la que es una de sus más influyentes representantes. Esta corriente, también incluida entre las teorías postcoloniales, ha servido para revelar la condición específica de déficit de poder y, por ende, sumisión, de los grupos minoritarios, no sólo mujeres, sino también colectivos negros, gays o lesbianas. Estos grupos, oprimidos, atemorizados y subyugados, no se han atrevido a pronunciar palabra o cuando lo han hecho no se les ha escuchado por no encontrarse en un escenario dialógico efectivo que les permitiera hablar. Como dijera ilustrativamente Aimé Césaire: “La humanidad reducida a monólogo” (2006: 41).

Bajo esta óptica, ser subalterna significa tanto ser una persona inferior, en posición o categoría — y así también lo recoge el Diccionario de la lengua española de la Real Academia —, como situarse por debajo en términos económicos, sociales, políticos etc. Dicho en otras palabras, refiere tanto al *cómo se es*, como al *dónde se está*, por ello los sujetos subalternos ocupan una localización anómala, desnivelada o inferior, lo que impide que sean escuchados dentro del discurso dominante.

Spivak diagnostica así — principalmente en “Los estudios subalternos: la deconstrucción de la historiografía” (1984)² y *Three Women’s Te* posicionamiento político identitario -. En el caso de la narrativa colonial escrita por mujeres *xts and a Critique of Imperialism* (1985) — la ausencia de discursos de sectores subalternos en la historiografía hegemónica, de ahí su célebre e incómoda pregunta, hoy referencia internacional en los estudios postcoloniales: “¿Puede hablar la subalterna?”³. El alcance de su interrogación es tal que no sólo critica esa ausencia de “voz” en

¹ Entiendo por narrativa colonial la definición dada por Antonio Carrasco González, “*Esa manera de narrar sobre países alejados sin pertenecer al pueblo natural de ellos y con un sentimiento o mentalidad mayor o menor, de alteridad*” (Carrasco González, 2009: 9).

² Título original “Subaltern Studies: Deconstructing Historiography”.

³ Esta pregunta capciosa da título a su texto publicado originariamente en *Marxism and the Interpretation of Culture* en 1988. Su objetivo era evaluar la labor de la corriente de estudios subalternos en su intento de otorgar “voz”, o al menos diagnosticar el porqué de la ausencia de ésta, en los grupos sociales silenciados por la Historia Oficial de la India.

los escritos del imperialismo colonial, sino también — y ahí radica parte de su repercusión — en la obra de teóricos postcoloniales como en la del propio Edward W. Said. La concepción del discurso orientalista que propuso Said ha sido acusada de homogénea y restrictiva, por no tener en cuenta todos los contextos y los distintos puntos de vista. Spivak, y toda la escuela de Estudios Subalternos que la respalda, cuestiona hasta qué punto la propuesta teórica de Said no es en sí misma eurocéntrica al seguir teorizando “sobre” y no “desde” Oriente. De tal manera que el palestino, aún sin quererlo, seguía sometiendo a ese Oriente inventado desde su escritura ya que de algún modo lo considera incapaz de razonar por sí mismo y sigue necesitando la mediación y representación de lo que a veces se ha tenido a bien denominar como intelectuales del primer mundo⁴.

Y es ahí donde arrancan los estudios postcoloniales desde barómetros feministas y de género, y su denuncia del discurso orientalista por homogéneo y totalizador. Spivak, junto con otras investigadoras feministas postcoloniales⁵, no sólo defiende que sujeto colonial de *ser*⁶ es tanto el colonizador como el colonizado, sino que acusa a la tesis de Said de falocéntrica, de dar por sentado que el sujeto colonizador es, además, en la totalidad de los casos un hombre, lo que dejaría fuera de la literatura colonial y, por tanto, de su análisis desde las teorías postcoloniales, aquella producción narrativa de firma femenina de autoras occidentales. Y es que Spivak lo deja claro en todas sus aproximaciones a este punto, en la producción colonial el sujeto subalterno lo es por estar oprimido por cuestiones de étnia-raza, cultura y otras diversas circunstancias de vulnerabilidad, pero, también, si es mujer, aun siendo occidental, blanca, burguesa, heterosexual, etc. (2002: 212).

Said se aproximó de forma esquivada a la cuestión de género afirmando que el discurso orientalista era en sí mismo dominio exclusivo del hombre y que en él las mujeres se encontraban únicamente como objetos y no como sujetos. Para Said, adherido a los enfoques patriarcales tradicionales, donde al hombre se le atribuye la representación de la humanidad entera, la posibilidad de agencia generadora de estrategias representacionales orientalistas es siempre masculina, las mujeres no son capaces de generar cultura colonial y no existen sino como objetos representados, por lo que no tienen ningún valor actancial. De tal suerte que en su obra *Orientalismo* simplemente reconoce a las mujeres como representativas del poder-fantasía del hombre occidental, muy sensuales, complacientes, serviciales y, más bien, estúpidas (Said, 2003:

⁴ En honor a la verdad, esta misma crítica se le ha hecho a Spivak cuando uno de los ejemplos que utiliza para explicar su teoría de los sujetos subalternos es el del suicidio de una tía suya, Bhubaneswari, a los diecisiete años. Ella misma explicó este acto arraigado en la realidad histórica de la India, también ella contradictoriamente impidió que el sujeto subalterno hablara al situarse como mediadora e intérprete cultural de la “mujer subalterna”.

⁵ Por citar sólo algunos nombres: Laura E. Donaldson, Reina Lewis, Joan Miller, Trinh T. Minh-Ha, Sara Suleri, Chandra Talpade Mohanty, Rajeswari Sunder Rajan, Nawal As-Sadawi o Kumari Jayawardena entre otras.

⁶ Me refiero a que para Spivak el sujeto ni siquiera existe. Resultado del discurso, en opinión de Spivak, es una construcción ideológica, cultural, histórica y social. Por ello uno de los principales objetivos de su teoría es descentralizarlo.

279). En *Cultura e imperialismo* (1993) añadió algunas aportaciones feministas sobre el tema, pero de manera puntual y sin abordar rigurosamente la presencia de las mujeres en la producción del discurso orientalista.

Spivak se pone en guardia y ofrece una visión alternativa a la mirada hegemónica y única del colonizador planteada por Said. Es consciente de que el discurso hegemónico ha estado en poder de los hombres, pero considera que el análisis del autor palestino es pobre y sucinto desde una perspectiva de género, además de acentuar, aun sin quererlo, la visión patriarcal que obvia las aportaciones de las mujeres en el proceso colonizador. Es más, considera que llegar a juzgar el discurso orientalista desde estos parámetros restrictivos y taxativos es una forma de violencia epistémica que condena a las mujeres a una postura de inacción e incapacidad de agencia. Así que todo ello lleva a Spivak a hacer, entre otras, dos puntualizaciones sobre la postura tradicional que han tenido las teorías postcoloniales en relación a las mujeres como sujetos agentes forjadoras de sus propios discursos. Veamos.

2. Narrativa colonial escrita por mujeres: resistencia, agencia y complicidades identitarias

En un primer lugar, Spivak aclara que no haber permitido a las mujeres tomar la palabra no significa que no hayan llevado a cabo otras acciones – se refiere principalmente a las experiencias de resistencia que se achaca a Said no tener en cuenta y que son cruciales para cualquier posicionamiento político identitario —. En el caso de la literatura colonial escrita por mujeres occidentales, una narrativa donde ondea sin ambages la predominancia de lo masculino, es de por sí un acto de coraje, valentía y resistencia coger lápiz y papel para plasmar las propias historias. Y, por otro lado, es necesario sostener a ultranza que las mujeres sí han tenido un discurso propio, que hay autoras que no han sido estudiadas, o sólo de manera superficial y que, por ello, algunos feminismos actuales, como los postcoloniales, están intentando rescatar su legado.

Otra cosa es suponer, y esto me parece especialmente importante, que las escritoras que han escogido como escenario literario Oriente⁷, y deciden describir la realidad de sus mujeres, fueran más críticas que los escritores hombres con la expansión colonial. De tal manera se equipara la situación de sometimiento y discriminación por razón de género en sus países de origen, con el sometimiento de etnia-raza en el país que ficcionaban. Al menos así lo han querido suponer algunas investigaciones en diversos estudios de género, principalmente desde las teorías postcoloniales, y refiriéndose a las escritoras viajeras (Mills, 1991 y Pratt, 2010). Se ha sostenido que quizá éstas serían menos racistas o más críticas con la situación colonial por el hecho de

⁷ De aquí en adelante cuando me refiera a “Occidente” y “Oriente” no lo haré porque trate de ceñir estos términos a una perspectiva esencialista. De hecho, ambos son conceptos especialmente vagos y, por ello, sólo aludo a la imagen mental que se evoca de ellos como entes ficcionales transformados en estereotipos desde el discurso hegemónico y tradicional, que sí remite a un enfoque unívoco y restrictivo.

sentirse identificadas en el abuso. Pero esto no siempre hace justicia a la narrativa colonial escrita por mujeres occidentales donde su visión ha estado fuertemente condicionada por el esquema cultural y de género de su lugar de procedencia, además de que en líneas generales las personas – todas ellas, hombres y mujeres – suelen ser más conscientes de las opresiones que soportan que de aquellas que ejercen⁸.

Los discursos de las escritoras, así pues, se han prestado a interpretaciones opuestas, unos sí se resistían al hecho colonial y otros eran cómplices de él: “el punto de vista de mujer no ha garantizado una relación simétrica con el Otro” (Albet i Mas, García Ramón, 1999: 64). No siempre ha sido fácil compatibilizar la reivindicación del derecho de las mujeres a la igualdad con las propias circunstancias, y sobre todo en un escenario colonial, donde la conciencia que pudieran tener de su propia superioridad étnico-racial ha podido ser más fuerte que cualquier otra opresión discriminatoria.

La realidad es que en casi la totalidad de los casos los discursos coloniales occidentales manejados por mujeres no han sido diferentes a los de los autores varones en cuanto a enfoques o aproximaciones. Debido a ello, las mujeres se encuentran — me encanta la manera de expresarlo de Iris M. Zavala — “atrapadas en la cárcel de hierro de las <<verdades>> y los <<valores>> masculinos” (1993: 48). Casi parafraseando a Irigaray podríamos decir que la mayoría de las autoras de narrativa colonial han continuado hablando el mismo lenguaje y, por ende, han reproducido la misma historia⁹.

Todo ello se debe a la multiplicidad de adscripciones identitarias que han inclinado la balanza a que éstas se sientan preferiblemente más identificadas con la etnia-raza y el europeísmo de sus compatriotas varones que con el género de las mujeres del país oriental que visitaban. No es extraño, es el punto de vista que autores como Kunz han denominado hispanocentrismo (2002: 111) para el ámbito hispano; y que en contextos más amplios se denominaría eurocentrismo. Así y todo, para algunos investigadores, esto no sólo connota en negativo puesto que les parece más coherente que sólo escriban sobre aquello que conozcan de primera mano.

La historia nos ofrece múltiples ejemplos de estas complicidades identitarias en aparente contradicción donde las posturas femeninas no han sido siempre las más sensatas y en muchas ocasiones se dan en el mismo sujeto la situación de oprimido en un contexto y la de opresor en otro. Por ejemplo, muchas mujeres que pertenecían al partido político Unión Fascistas de Mujeres Británicas (BUF) lucharon asimismo por el derecho al sufragio femenino, sin ver ninguna contradicción en su actitud al apoyar también al movimiento político fascista (Gottlieb, 2002). O

⁸ Crítica que se le puede hacer a la propia Gayatri Ch. Spivak y que para muchas voces investigadoras puede parecer injusta o, como mínimo, problemática. En mi opinión, Spivak es un sujeto híbrido al posicionarse en ambos lados del espectro: el colonial, por mujer india, y el de la metrópolis por profesora en una elitista universidad estadounidense. Realidad intersticial que la hace ser mujer oprimida en unos contextos – Estados Unidos no es un lugar ajeno al sexismo o al racismo — y privilegiada en otros por su condición burguesa, si bien es cierto que esta autora hace uso de dicha situación de privilegio financiando colectivos y proyectos femeninos de emancipación en diversos países oprimidos.

⁹ La cita exacta de Luce Irigaray dice así: “si continuamos hablándonos el mismo lenguaje, vamos a reproducir la misma historia” (2009: 155).

las mujeres del Ku Klux Klan en los Estados Unidos donde incluso existía la sección *Women's Ku Klux Klan*, desde donde luchaban por los derechos de las mujeres, pero únicamente de las blancas y protestantes.

Alianzas, lealtades y deslealtades que no sólo han aparecido en la concurrencia del género con la etnia-raza, sino también en otros muchos y diversos encuentros donde los distintos códigos culturales interceptan o chocan, como el de género y clase. Le pudo la clase sobre el género, según parece, a Simone de Beauvoir durante su estancia en Marruecos y de sobra son conocidas las críticas que se le han hecho a su encierro voluntario en la torre de marfil de su superioridad como europea, visible a través de su nulo interés por conocer la situación de la mujer marroquí y más interesada en los parajes exóticos que en los abusos que sufrían éstas (Lahjomri, 1999: 285). Misma censura que se le hace a Edith Wharton, también durante su estancia en Marruecos, que responsabiliza al islam – y no, al menos simultáneamente al patriarcado — de todas las costumbres allí existentes, lo que favorece aún más si cabe el oscurecimiento de su descripción (Wharton, 2008). Y por poner un último ejemplo más, refleja de forma excelente esta incoherencia de la primacía de la clase sobre el género la escritora española Alicia Giménez Bartlett en su texto *Una habitación ajena* (1997). En esta recreación novelada Giménez Bartlett utiliza los diarios de Virginia Woolf y los de Nelly Boxall — la mujer que trabajó como cocinera y criada en casa de los Woolf desde 1916 hasta 1934 — para recrear la relación entre ambas mujeres pero no sólo desde una perspectiva de género, sino también de clase. Virginia Woolf, que ha denunciado las dificultades que ha tenido cualquier mujer para no sólo escribir, sino para estudiar o expresar su opinión, negó esos mismos derechos a las mujeres que trabajaban para ella. Nelly Boxall — quizá influenciada por la mujer a la que sirvió casi veinte años — también consideró imprescindible disponer de la independencia de una habitación propia. Sin embargo, el impedimento infranqueable que encontró en este caso, no fue el género como le había sucedido a Woolf, o el de raza como vimos en los casos de Beauvoir o Wharton, sino el de clase. Y así lo refleja en su diario: “Lo importante es tener dignidad, Nelly, me decía, como si ella me hubiera permitido tenerla, como si le importara la dignidad de los [sic] que estaban a su alrededor” (Bartlett, 2008: 11). En definitiva, y por no citar sólo estos casos extremos, cualquier mujer capitalista, sea feminista o no — por acción o por omisión — defiende un sistema que oprime a la inmensa mayoría de las mujeres y que colabora en la perpetuación del patriarcado.

Lejos de querer caer en la retórica de la acusación, juicios anacrónicos o tan siquiera en pecar de presentismo histórico¹⁰, lo más flagrante de esta ausencia de complicidades de género no es que se manifieste entre escritoras o viajeras, sino dentro del propio movimiento feminista occidental como veremos en el siguiente apartado. Incomprensiblemente, y así lo han advertido algunas investigadoras feministas como Gilbert y Gubar en *La loca del desván* (1979), a lo largo

¹⁰ Entiendo por “presentismo histórico” la noción acuñada por Judith Halberstam, a pesar de que ella lo denomina “presentismo perverso”: mirar hacia el pasado a la hora de analizar un suceso histórico, con una mirada actual (Halberstam, 2003: 45-ss).

de la historia y aún incluso en la actualidad, las mujeres han sido caladas por dogmas patriarcales hasta en contra de su propio beneficio (1998: 32).

La verdad es que las cosas no son sencillas, ni en las ficciones, y el punto de vista femenino no ha asegurado ningún tipo de discurso, ni relación con la “otra”, pero eso no significa que ese discurso, como mantiene Spivak, no haya existido, aunque reprodujera en la mayoría de los casos los mismos parámetros hegemónicos que sus congéneres varones. Con todo, si conviene tener en cuenta que hay quien ha defendido que el discurso de hombres y mujeres, por su diferente socialización y posicionamiento discursivo, ha representado dos maneras diferentes de estar y ver el mundo, por lo que algunos estudios han considerado que el acercamiento de las escritoras es mucho más complejo que el de los varones. Es el “casi lo mismo pero no exactamente” del que hablara Bhabha en su noción de mimetismo (2011: 112). Por un lado, porque parece que la narración de ellos tiende a ser más individualista y orientada a la acción que la de las mujeres, que tiende a ser básicamente relacional¹¹. Y, por otro lado, porque, a pesar de que su condición de género no ha asegurado que se identificaran con la otredad colonializada femenina por ser mujeres, sí es importante tener en cuenta que en alguna ocasión se adivinan, y vuelvo a recordar a Bhabha, escenarios de ambivalencia. Una ambivalencia que algunas voces investigadoras han advertido en textos de mujeres viajeras, por ejemplo, cuando se las considera mucho menos peyorativas y absolutas a la hora de registrar diferencias (Lewis, 2003: 4), menos influidas por ideas preconcebidas o más críticas con el proyecto colonial (Albet i Mas, García Ramón, 1999: 62-3).

Sin embargo, y conforme a lo planteado, son pocos los casos en los que la narrativa colonial escrita por mujeres recuerda la condición transcultural del patriarcado y repara en que tanto unas como otras están recluidas dentro del mismo sistema de opresión. Un sistema que impone una feminidad normativa en la que ambas son las “otras” del sujeto universal humanista.

Recogiendo lo más importante: Spivak reclama mayor atención a las acciones de resistencia llevadas a cabo por las mujeres occidentales o no y, del mismo modo, el reconocimiento de que ellas, en este caso sí sólo las occidentales, también han sido generadoras de discursos, cómplices o no de la metanarrativa dominante. Los discursos femeninos han sido ignorados y despreciados por el patriarcado principalmente, pero, también, por el imperialismo. Por este motivo, la circunstancia se agrava más si la “otra” que intenta representarse no es sólo mujer, sino también pobre y “no-occidental”. Se pone en marcha un mecanismo de múltiple opresión de la otredad que la considera una “mujer tercermundista que se halla atrapada entre la tradición y la

¹¹ Esto se ha percibido principalmente entre escritores y escritoras que viajaron y escribieron sobre Oriente; parece que ellas querían aprender la lengua local no sólo para saber a qué distancia estaba un lugar o cuánto costaba algo, sino que también querían poder preguntar a la población autóctona cuánta descendencia tenían o si éstos eran niños o niñas. También, del mismo modo, se ha dicho que los viajeros suelen hacer hincapié en el *qué* y en el *dónde* y que, en cambio, las viajeras optan por el *cómo* y el *por qué*. (Robinson, 1994, citada por Albet i Mas y García Ramón, 1999: 62). Sobre cómo el juicio moral de las mujeres es más contextual y está más inmerso en los detalles de las relaciones es indispensable el análisis de la estadounidense Carol Gilligan. Véase Gilligan, Carol (1985): *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica.

modernización” (Spivak, 2002: 208) y que, por ello, la silencia y le impide explicarse por sí misma a la vez que la limita y vulnera epistémicamente sus propias aportaciones culturales. En el siguiente epígrafe se recogerán parte de las propuestas críticas que reclaman los feminismos postcoloniales y que, principalmente, parten de un posicionamiento no-etnocéntrico, intercultural y contextualizado.

3. La otredad femenina de la narrativa colonial escrita por mujeres: re-colonización discursiva

Spivak, al igual que Said, es principalmente crítica literaria y es de sus métodos de análisis de los que se vale para interrogar cualquier tipo de discurso, pero en su conjunto las feministas postcoloniales han hecho del lenguaje uno de sus campos de batalla. De ahí que se denuncie con ahínco esta estrategia discursiva esencializadora en la narrativa colonial que homogeniza lo heterogéneo y presenta, en líneas generales y con pocas excepciones, a la *mujer del Tercer Mundo* o *mujer de color* — dependiendo de la *variatio retórica* de quien esté hablando — presas de un simulacro homogéneo y monolítico que la deshumaniza bajo una etiqueta identificativa genérica y definitiva¹². La indudable pluralidad de las mujeres de contextos árabe-islámicos, bajo la lógica del discurso dominante occidental, se proyecta especularmente como una única imagen unificadora. Esto es importante retenerlo a efectos del hilo conductor de este trabajo, que tiene como objetivo recoger parte de las recomendaciones metodológicas que proponen los feminismos postcoloniales para el análisis de la otredad femenina en la narrativa colonial. Una otredad que, en sí misma, es un forzamiento del discurso teórico y también una etiqueta genérica.

El rostro de la “otra” en la narrativa colonial tiende a una generalización de los caracteres que lo definen por la necesidad de trabajar a base de grandes conjuntos. El fin perseguido con esta ausencia de multiplicidad y presentando a esta mujer promedio del llamado tercer mundo, como es lógico suponer, consiste en ordenar y controlar su vida pública además de responder al estereotipo de esas otras culturas, de tal manera que justificar su propia supremacía fuera acogido con naturalidad y credibilidad.

Esta figuración “Mujer del Tercer Mundo” ha sido denunciada por normativa y excluyente no sólo por Spivak sino también por otras investigadoras como Chandra T. Mohanty, bell hooks o Elizabeth Spelman. Todas ellas demandan políticas de reconocimiento de las individualidades y diferencias que no se reconocen en la categoría “Mujer”, puesto que las mujeres, por el hecho de ser mujeres, no tienen por qué tener algo en común entre sí que las defina como tal. Se niega

¹² En honor a la verdad también Said había denunciado esta homogenización y esencialización normativa: “Nada es más habitual en el discurso público que expresiones como <<los ingleses>>, <<los árabes>>, <<los americanos>>, <<los africanos>>, sugiriéndose con cada una de ellas no sólo una entera cultura sino una actitud mental específica” (Said, 1996: 46). Sin embargo, Spivak al igual que las otras feministas postcoloniales dotó a su denuncia de la necesaria perspectiva de género.

de esta manera la multiplicidad de intersecciones culturales¹³ que impiden que se colonice discursivamente a las mujeres a través de una homogeneidad absoluta, de la que se hace eco el discurso colonial, donde tanto el patriarcado como el Occidente más imperialista las re-presenta y las re-construye según sus necesidades. Son muchos los ejemplos que se pueden hallar en la narrativa colonial escrita por mujeres de esta estrategia representacional que consiste, básicamente, en representaciones generalizadas de la otredad femenina. Y es que, la mayoría de los casos, las escritoras que optan por este tipo de narrativa en concreto para sus textos no suelen hacerlo bajo el abrigo de una ciencia etnológica crítica, no ha habido un deseo real de conocer a las mujeres de culturas “otras” sobre las que escribían y, por ello, se han evitado complicaciones contextuales y se han obviado a las “mujeres” diversas y plurales en favor de una única “mujer” confinada en una masa femenina uniforme.

Una mujer árabe y/o musulmana nacida en Marruecos se presenta exactamente igual a otra nacida en Arabia Saudí o Egipto, con las mismas idénticas inquietudes y aspiraciones y con los mismos derechos, sean éstos todos, muchos, pocos o ningunos. Así, se nos presenta, sesgadamente y al servicio de un “paradigma general consensuado” (2005: 204), a la otredad femenina de contextos árabe-islámicos como atada a sus tradiciones, a la familia, al trabajo doméstico, víctima de su religión, sexualmente reprimida, sin educación, sin cultura y pobre. Las narraciones desdeñan la individualidad a la que tiene derecho como mujer, el reconocimiento de su diversidad social, de clase, etnia o hasta religiosa, porque es probable que sea musulmana, pero también puede ser hebrea o, por qué no, incluso agnóstica o atea. Es determinante tomar conciencia de que la realidad de las mujeres de contextos árabe-islámicos es bien distinta entre ellas, porque el mismo islam — que desempeña un papel crucial como factor condicionante de su descripción — no es monolítico e inamovible, y porque no en todas las sociedades tiene el mismo peso¹⁴. Además, en mi opinión, lo único que une al mundo árabe es la lengua árabe y ni siquiera ésta es homogénea y responde a tantos dialectos como países, y a tantas variantes como zonas.

Puestas así las cosas, todo ello sirve como discurso axiomático de oposición que se explica en términos de civilización y barbarie para que Occidente se piense a sí mismo implícitamente en contraposición a Oriente; así que, en este caso, a la mujer occidental autora de la narrativa colonial se la presenta como sujeto libre, y a la otredad femenina de ámbito árabe-islámico como víctima y oprimida en sus circunstancias contextuales debido a que no se corresponde a los estándares

¹³ Nace de aquí el llamado *feminismo interseccional*, terminología introducida en el debate teórico por Kimberlé Crenshaw en 1989 y con la que se ha procurado un desplazamiento de aquellas posturas que denuncian una única opresión.

¹⁴ Sin ir más lejos, no es lo mismo ser lesbiana en un país del mundo árabe-islámico que en otro de la misma influencia etno-religiosa. Hay países árabes como Arabia Saudí donde la homosexualidad está considerada una perversión y se encuentra en la lista negra de lo prohibido y lo tabú; y otros como el Líbano que, si bien no está permitida, es tolerada e incluso cuenta con asociaciones de defensa de gays y lesbianas como *Helem*. *Helem* es el primer grupo, y me atrevo a afirmar que el único hasta el momento, de defensa de gays y lesbianas en todo Oriente Próximo. Su página web en árabe y en inglés, disponible en: <http://helem.net> [10/08/2016].

eurocéntricos de libertad. Estigmatizada, victimizada y sin voz, nunca es agente activo consciente de sí misma y de su entorno; hay que salvarla¹⁵. Recordemos, sin ir más lejos, las conocidas declaraciones de Laura Bush, que llegó a justificar la invasión estadounidense de Afganistán en el año 2001, afirmando que la motivación principal era que se iban a salvar a las mujeres afganas del régimen talibán¹⁶. Dicha invasión en una zona casualmente riquísima en minerales y estratégicamente muy bien ubicada se podría haber denominado perfectamente “*el burka como excusa*”. Es el tema de “la mujer sometida” por los brutos nativos o la damisela en apuros de los cuentos de hadas, una constante en el imaginario occidental blanco de críticas feministas que se transfiere así sobre las “otras”¹⁷.

La necesidad de plasmar ejemplos de victimización femenina en la narrativa colonial y, así, urgir al rescate de la otredad sirve para respaldar que el islam es opresor, además de que convierte al dominio colonial y hegemónico en una misión civilizadora que ayuda a reforzar el atraso cultural del país sobre el que se quiere ejercer la influencia o el dominio. Me gusta cómo lo expresa Spivak, son los “hombres blancos que salvan a las mujeres morenas de hombres morenos” (2010: 282).

Las palabras nunca son neutrales, así que al poner en funcionamiento estos prejuicios y estereotipos sobre la otredad femenina árabe y/o musulmana se van extendiendo y al mismo tiempo naturalizando, dado que se crean imágenes con efecto de verdad que pueden llegar a ser terriblemente nocivas. Se olvida muy fácilmente, como advierte Sophie Bessis en *Los árabes, las mujeres, la libertad* (2007), que “en ninguna parte del propio mundo occidental las mujeres disfru[tan] de una verdadera condición de igualdad” (2007: 30). Eso es lo único cierto. Ya desde el periodo colonial este discurso axiomático ha servido para patrocinar un Occidente como único civilizado e igualitario y un Oriente escenario de atraso y barbarie, donde el islam es una cultura opresora para las mujeres, lo que demuestra, por ende, el retraso e inferioridad de los pueblos en los que habitan. Dicho en otras palabras, la situación de las mujeres y su imagen ha servido para defender sus interesadas tesis que legitiman por “razones humanitarias” la colonización o la invasión y, en ningún caso, la apropiación de sus recursos y legítimas posesiones.

¹⁵ Con todo, tampoco podemos caer en la trampa del anticliché, la mujer oprimida de contextos árabe-islámicos existe, pero también existen otras mujeres, unas que se visten como les place, que no llevan la cabeza cubierta — o si lo hacen es al estilo de las denominadas *muhayababes* con tacones altos, pantalones ceñidos, escotes y llamativos maquillajes (Stratton, 2009) y que, qué duda cabe, también podríamos cuestionar al hilo de la sexualización de las mujeres en la moda occidental como un modo más de opresión patriarcal — pero lo cierto es que arguyen no estar oprimidas, que no son sumisas, que conducen, que tienen vida profesional, que están al tanto de las tendencias musicales o de moda y que a lo mejor no sólo no han subido en un camello en su vida, sino que ni siquiera han visto uno de pie a su lado jamás. A título de curiosidad, recomiendo la publicación de la libanesa Haddad, Joumana (2011): *Yo maté a Sherezade. Confesiones de una mujer árabe furiosa*. Barcelona: Debate 2011, la autora se propone hacer todo lo posible por despojar a Occidente de todo este tipo de quimeras y opiniones pre-elaboradas.

¹⁶ Disponible en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=24992> [11/08/2016].

¹⁷ De ahí que muchas reescrituras feministas de cuentos de hadas tradicionales nos ofrezcan visiones alternativas de las tramas donde los personajes femeninos no necesitan ser rescatados por ningún hombre. Por poner un único ejemplo, *La cámara sangrienta* (1979) de Ángela Carter.

Así que, para no caer en los mismos errores, la crítica feminista postcolonial no sólo denuncia este reduccionismo y las grandes generalizaciones — como advertía Suárez Navaz, “no [sólo] se trata de añadir colores” (2008: 58) —, sino que se ha repensado a sí misma y generado corrientes de pensamiento que persiguen objetivos diversos y más integradores. Reclaman, de este modo, análisis críticos no-etnocéntricos, interculturales y contextualizados de las mujeres que conforman esas culturas “otras”. Es decir, y aquí sí van en la línea de lo requerido por Said, por ejemplo, en *Representaciones del intelectual* (1994), “poner en tela de juicio las normas dominantes” (1996: 51).

Sin embargo, esa crítica de la construcción de la otredad que denuncia Spivak como uno de los mecanismos de silenciamiento de las mujeres de otras culturas, no sólo se reprocha en los discursos hegemónicos patriarcales o en la narrativa colonial, sino también dentro del propio seno del movimiento feminista por un sector al que ella denomina, no sin cierta dosis de sarcasmo, “alto feminismo” (2010: 121)¹⁸. Este sector parte de una suposición política de carácter etnocéntrico y reduccionista que defiende una determinada concepción de identidad femenina universal a *todas* las mujeres. Los feminismos postcoloniales han expuesto manifiestamente todas estas tensiones entre el plano enunciativo y el práctico que bien podrían denominarse como “*La gran paradoja del feminismo tradicional*” y que radica en que a pesar de que el discurso feminista hegemónico se auto-instituye como global y totalizador, en realidad sus reivindicaciones efectivas han sido locales y sesgadas. Es decir, se priman las necesidades locales – las occidentales – frente a las globales; y se priorizan derechos sesgados — los burgueses — frente a los totalizadores, bien reflejados en la proclama feminista “derechos *para todas, pero todas, todas, todas*”. Dicho en otras palabras, no todas las corrientes feministas tiran de la cuerda de los derechos de las mujeres hacia el mismo lado.

Al feminismo tradicional o feminismo occidental se le han achacado éstos y otros muchos reproches desde dentro del mismo movimiento desde los años 80, si bien tuvo su punto de arranque más visible en la Conferencia de la Mujer celebrada en Beijing en 1995. La principal crítica ha sido considerar que se ha hecho una Historia del Feminismo que en verdad es la historia de las feministas occidentales — esencialmente europeas o estadounidenses y, en particular: intelectuales, burguesas, clase-media alta y heterosexuales — y, en consecuencia, no representaba la diferencia. El feminismo así, ha tomado un cariz hegemónico, y ha obviado las importantes aportaciones que han hecho mujeres de otras latitudes, las actividades que han podido realizar contra el patriarcado y que promueven intereses de género desde otros movimientos con mecanismos diferentes a los que ha tenido el feminismo occidental y — lo que es más importante — ha dejado de lado las preocupaciones y dificultades que han tenido y tienen mujeres de otras culturas; que la mayoría de las veces no sólo no tienen nada que ver con lo que preocupa a una mujer occidental, sino tampoco con lo que preocupa a otra mujer no-occidental.

¹⁸ Interesante es, en este sentido, el análisis que hace Spivak, por ejemplo, en “Three Women’s Text and a Critique of Imperialism”, donde se sitúa en contra de la interpretación canónica de la crítica feminista.

El movimiento feminista occidental ha tenido mucho de colonizador y, en este sentido, no ha dejado de ser una forma más de lo que podría describirse como imperialismo¹⁹ y, qué duda cabe, “[r]esulta particularmente lamentable cuando la perspectiva emergente de la crítica feminista reproduce los axiomas del imperialismo” (Spivak, 2010: 121). De ahí que Spivak y otras autoras hayan trabajado desde la convicción de que el feminismo debería denominarse feminismo(s) porque no sólo no es una construcción monolítica sino que tampoco es de factura exclusivamente occidental. Además, consideran que la crítica feminista puede ser una fuerza de cambio, pero esa fuerza de cambio pasa por “reconocer su complicidad con la institución dentro de la cual busca un espacio” (Spivak, 2010: 151) para fortalecer de esta manera sus argumentos. Y, por supuesto, que se debía hacer un proceso de deconstrucción y de desmantelamiento del discurso feminista hegemónico presupuesto de alcance totalizador, porque le faltaba polifonía: discursos de mujeres de otras culturas, de otras religiones, de otras etnias, de otras lenguas, de otros colores de piel, de otras tendencias afectivo-sexuales o de otras clases sociales. Son las “otras”, de las “otras”, es la opresión entre las oprimidas. Dijo Spivak en una entrevista en 1990: “[...] mujeres muy privilegiadas se miran la cara en el espejo y definen <<Mujer>> (con M mayúscula) a partir del reflejo que descubren ahí: a veces se miran la cara, a veces se miran los genitales y, a partir de ello, deciden sobre las mujeres propiamente dichas” (2010: 121, nota a).

Es en esta visión universal de identidad femenina donde sectores del feminismo han situado el problema, en la conciencia de que se está reproduciendo aquello mismo que se denunciaba y que debido al racismo, clasismo o heterosexismo dentro del propio movimiento feminista, hay mujeres que se posicionan en el lugar de los sujetos soberanos, mientras otras toman el lugar del objeto²⁰.

4. A modo de conclusión

El aporte más significativo de Spivak a las teorías postcoloniales tras beber de los estudios de género, el deconstructivismo, el psicoanálisis y el marxismo es, por un lado, introducir la identidad femenina como una nueva categoría de análisis. Las teorías postcoloniales se han enriquecido en la intersección con los estudios feministas y la perspectiva de género; juntos obligan a una nueva lectura política de los viejos textos para poner en evidencia la falacia y el sesgo interesado existente en el discurso colonizador que es tan imperialista como patriarcal. Se opone resistencia de esta manera tanto al patriarcado como al imperialismo y se atiende, por ello,

¹⁹ Ya en el año 1984 investigadoras como Valerie Amos y Pratibha Parmar relacionaban al feminismo occidental con el imperialismo por su interés en querer establecerse como el único. (1984: 3-19)

²⁰ Todorov consideró que sortear este acercamiento asimétrico en el que un lado considera al otro objeto, era la única manera de evitar la otredad: “un diálogo en que nadie tiene la última palabra, en que ninguna de las voces reduce a la otra al estado de simple objeto” (Todorov, 2010: 260).

no sólo a la variable ser *mujer*, sino también a la variable ser mujer, de otra cultura, de otra religión, de otro color de piel, de otra clase social y de otra infinidad de marcas identitarias posibles. Mujeres y sujetos colonizados se superponen para compartir el espacio uniformante y depredador de la otredad. Los feminismos postcoloniales y su interseccionalidad emergen como manera de desafiar las confluencias de cada uno de los sistemas de dominación que exterminan la biodiversidad y la pluralidad de valores; que confluyen y condenan a las mujeres de otras culturas a no tener historia. Tampoco conocimiento, ni siquiera voz propia.

Y, por otro lado, su otra significativa aportación a la otredad en este artículo interesado en la otredad femenina de la narrativa colonial, ha consistido en denunciar la violencia sistémica sufrida por las mujeres en una Historia hegemónica realizada desde parámetros interesados. Spivak, especialmente implicada en poner en cuestión las costumbres narrativas del imperio y su manera de construir la Historia, considera que sólo visibilizándolas, cuestionándolas y descomponiéndolas se ponen en evidencia los procesos que la construyen. La literatura es, además, una de las pocas parcelas donde se puede contestar el discurso dominante. Un análisis literario a través de una lectura interlineal, revisionista, intersticial que diría Bhabha, destapará los modos axiomáticos que ha tenido este género narrativo de contar el mundo, revelará la mecánica de su construcción y, sobre todo, visibilizará a quién se representa, por quién, a quién se silencia — “llenar el hueco de la desaparición con algo más que silencio” aseguraría la propia Spivak (2002: 208) — y por qué.

En ningún caso se debe tener por meta hallar tras la denuncia de estas estrategias la voz de la otredad femenina en los textos de narrativa colonial que se analicen porque no hay una historia alternativa que la convierta en sujeto. No sólo porque para Spivak el sujeto sea resultado de un discurso — prediscursivo —, y, por tanto, inapropiable sino principalmente porque la narrativa colonial, de ahí su etiqueta identificativa *colonial*, ha sido escrita desde el discurso dominante hegemónico y, por consiguiente, no hay ningún tipo de huella que pueda ser recuperada y que permita escribir una nueva narración o, por usar el término spivakiano, una contrahistoria. La otredad femenina de la narrativa colonial como sujeto subalterno es constantemente reescrita como ausencia, no puede ser escuchada y es que, además, si fuera escuchada y si se representara a sí misma, dejaría de ser subalterna. Sin embargo, obviamente, sí se pueden revelar algunos de los mecanismos de los que se han servido estas ficciones para silenciarla y descubrir su ausencia en las estrategias representacionales que la imaginan.

Y es ahí, concluyo, donde los feminismos postcoloniales consideran que deben focalizarse los trabajos de investigación que tengan por objetivo el estudio de las estrategias representacionales de la otredad femenina en la narrativa colonial. Esto es, como afirmó Rachel Blau DuPlessis, hacer “de la representación un sitio de batalla” (1999: 249).

BIBLIOGRAFÍA

- Albet i Mas, Abel y García Ramón, María Dolors (1999): “Reinterpretando el discurso colonial y la historia de la geografía desde una perspectiva de género”. En: Joan Nogué y José Luis Villanova (eds.): *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*. Lleida: Editorial Milenio, pp. 55-71.
- Amos, Valerie y Parmar, Pratibha (1984): “Challenging Imperial Feminism”. En: *Feminist Review*, nº. 17, pp. 3-19.
- Bessis, Sophie (2007): *Los árabes, las mujeres, la libertad*. (Trad. Florencia Peyrou Tubert). Madrid: Alianza Editorial.
- Bhabha, Homi K. (2011): *El lugar de la cultura*. (Trad. César Aira). Buenos Aires: Manantial.
- Blau DuPlessis, Rachel (1999): “Otramente”. En: Martina Fe (coord): *Otramente: lectura y escritura feministas*. (Trad. Nattie Golubov) México: Fondo de Cultura Económica, pp. 243-264.
- Carrasco González, Antonio (2009): *Historia de la novela colonial hispanoafriicana*. Madrid: Sial.
- Césaire, Aimé (2006): *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal.
- Gilbert, Sandra y Gubar, Susan (1998): *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. (Trad. Carmen Martínez Gimeno). Madrid: Ediciones Cátedra.
- Giménez Bartlett, Alicia (2008): *Una habitación ajena*. Barcelona: Verticales de bolsillo.
- Gottlieb, Julie V. (2002): “Female Fanatics: Women’s Sphere in the British Union of Fascists”. En: Margaret Powers y Paola Bacchetta (eds.): *Right Wing Women: From Conservatives to Extremists Around the World*. London and New York: Routledge, pp. 29-41.
- Halberstam, Judith (2003): *Female Masculinity*. United States of America: Duke University Press.
- Irigaray, Luce (2009): *Ese sexo que no es uno*. (Trad. Raúl Sánchez Cedillo). Madrid: Akal.
- Kunz, Marco (2002): “La inmigración en la literatura española contemporánea: Un panorama crítico”. En: Irene Andrés-Suárez; Marco Kunz e Inés D’Ors (2002): *La inmigración en la literatura española contemporánea*. Madrid: Verbum, pp. 109-136.
- Lahjomri, Abdeljil (1999): *Le Maroc des heures françaises*. Rabat: Marsam y Skouty.
- Lewis, Reina (2003): *Gendering Orientalism: Race, Femininity and Representation*. London & New York: Routledge.
- Martín Muñoz, Gema (2005): “Mujeres musulmanas: entre el mito y la realidad”. En: Francisco Checa y Olmos (ed.): *Mujeres en el camino*. Barcelona: Icaria, pp. 193-220.
- Mills, Sara (1991): *Discourses of Difference. An Analysis of Women’s Travel Writing and Colonialism*. London: Routledge

- Pratt, Mary Louise (2010): *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. (Trad. Ofelia Castillo). México: Fondo de Cultura Económica.
- Robinson, Jane ed. (1994): *Unsuitable for Ladies: An Anthology of Women Travelers*. Oxford: Oxford University Press.
- Said, Edward W. (1996): *Representaciones del intelectual*. (Trad. Isidro Arias Pérez) Barcelona: Paidós.
- _____. (2003): *Orientalismo*. (Trad. María Luisa Fuentes). Barcelona: Debolsillo.
- _____. (2012): *Cultura e imperialismo*. (Trad. Nora Catelli Quiroga). Barcelona: Anagrama.
- Spivak, Gayatri Ch. (1999): “Los estudios subalternos: la deconstrucción de la historiografía”. (Trad. Neus Carbonell). En: Neus Carbonell y Meri Torras (comp.): *Feminismos literarios*. Madrid: Arco Libros, pp. 265-290.
- _____. (2002): “¿Puede hablar la subalterna?”. (Trad. M. Rosario Martín Ruano). En: *Asparkía. Investigació feminista*, vol. 13, pp. 207-214.
- _____. (2010): *Crítica de la razón postcolonial. Hacia una historia del presente evanescente*. (Trad. Marta Malo de Molina). Madrid: Akal.
- Stratton, Allegra (2009): *Muhayababes. El nuevo Oriente Próximo: joven, cool y devoto*. (Trad. Julia Osuna Aguilar) Madrid: 451 Editores.
- Suárez Navaz, Liliana (2008): “Colonialismo, gobernabilidad y feminismos postcoloniales”. En: Liliana Suárez Navaz y Rosalva Aída Hernández (eds.): *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*. Madrid: Ediciones Cátedra, pp. 31-73.
- Todorov, Tzvetan (2010): *La conquista de América. El problema del otro*. (Trad. Flora Botton Burla). Madrid: Siglo XXI Editores.
- Wharton, Edith (2008): *En Marruecos*. Valencia: Editorial Pre-textos.
- Zavala, Iris M. (1993): “Las formas y funciones de una teoría crítica feminista. Feminismo dialógico”. En Myriam Díaz-Diocaretz y Iris M. Zavala (eds): *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*. Madrid: Editorial Anthropos, pp. 27-76.